

DOLORES CASTRO
VIENTO QUEBRADO

POESÍA REUNIDA



VIENTO QUEBRADO

POESÍA REUNIDA

Viento quebrado

POESÍA REUNIDA

DOLORES CASTRO

Prólogo y compilación
BENJAMÍN BARAJAS



POESÍA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2010
Segunda reimpresión, 2014

[Primera edición en libro electrónico, 2012]

Castro, Dolores

Viento quebrado. Poesía reunida / Dolores Castro ; prol. y comp. de Benjamín Barajas. — México : FCE, 2010
316 p. ; 23 × 14 cm — (Colec. Poesía)
ISBN 978-607-16-0248-0

1. Poesía 2. Literatura mexicana – Siglo xx I. Barajas, Benjamín, pról. II. Ser. III. t.

LC PQ7297

Dewey M861 C135v

Distribución mundial

D. R. © 2010, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de interiores y portada: León Muñoz Santini

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-0248-0 (rústica)
ISBN 978-607-16-1247-2 (epub)
ISBN 978-607-16-4761-0 (pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

SUMARIO

<i>Presentación</i> , por Benjamín Barajas	9
<i>El corazón transfigurado</i> [1949]	15
<i>Siete poemas</i> [1952]	23
<i>La tierra está sonando</i> [1959]	35
<i>Cantares de vela</i> [1960]	45
<i>Soles</i> [1977]	71
<i>Qué es lo vivido</i> [1980]	105
<i>Las palabras</i> [1990]	125
<i>Fluir</i> [1990]	137
<i>Tornasol</i> [1997]	145
<i>Fugitivo paisaje</i> [1998]	163
<i>Oleajes</i> [2003]	169

Íntimos huéspedes [2004] 213

Asombraluz [inédito] 233

Bibliografía 301

Índice 307

PRESENTACIÓN

Dar y tomar la vida cada día,
devorar copos ácidos y aún tibios
transformarlos en tímida palabra cotidiana.

DOLORES CASTRO

Consideraba Azorín que no hay poesía *antigua* o *moderna* sino buena o mala poesía. Llegaba a esta conclusión después de aclarar a los escritores jóvenes que la actualidad literaria no supone la superación de lo clásico sino que, en el mejor de los casos, lo complementa.

La idea, en principio, es seductora porque sitúa al conjunto de las obras literarias como un gran corpus dispuesto para escritores y lectores potenciales (y anónimos) que lo mismo quieran servirle que servirse de él. Sin embargo, también se debe reconocer que la gran literatura, aunque perenne, recibe la influencia del tiempo, y de manera notable, en el ámbito de su recepción.

La recepción de la obra literaria siempre va seguida de una cierta actitud que se acompaña de valores estéticos e ideológicos. En este sentido, acaso el sustento temático y estructural entre un poema antiguo y uno contemporáneo sea el mismo, pero habrá cambiado sin remedio la actitud del poeta y del lector frente al fenómeno artístico.

Así podríamos decir que una de las diferencias entre la poesía clásica y la moderna radica en que esta última enfatiza la reflexión sobre la palabra y el poema como hechos del lenguaje. Esto supone la asunción de un oficio, de un trabajo minucioso con los recursos que le han sido conferidos al poeta: las palabras.

Las palabras para los clásicos eran un medio de expresar las emociones; para el poeta moderno, en cambio, las palabras, gracias a sus cualidades intrínsecas de sonido y de sentido, adquieren un significado en sí mismas.

Pero el uso de las palabras como “medio” no es la única diferencia entre los poetas modernos y los clásicos. También habría que re-

cordar la visión estereotipada que se tenía del creador, sobre todo, a partir de los razonamientos de un ilustre filósofo y, a la vez, poeta renegado.

En efecto, Platón se solazaba en describir al rapsoda como una criatura en trance, presa de la emoción y el arrebató. En él, suponía, pesaba más el delirio que la razón, y sus obras —si podían ser consideradas como tales— procedían de un oficio imitativo carente de utilidad. En la lógica del discípulo de Sócrates era mejor “artista” un carpintero que labraba una cama a un pintor que la pintaba, pues ¿cuál de las dos preferiría uno para dormir?

El poeta moderno, no obstante, se rebela contra la caricatura impuesta y reclama para sí los fueros de la razón y del oficio. El poeta se descubre a sí mismo a partir de las paradojas en las que imperan el arrebató y la frialdad, el desenfreno y la cautela. El poeta sabe que el don, la musa o el genio, si los hay, son los apoyos previos al proceso real de la escritura.

Para el poeta moderno las palabras no sólo son un fin, sino también un motivo de sospecha, de duda. En este sentido, lo que distingue a Mallarmé de Góngora no es la lucha con el lenguaje, ni las piruetas de la experimentación verbal; es, considera Octavio Paz, la desconfianza sobre el lenguaje.

En efecto, Luis de Góngora, lo mismo que su contemporáneo Francisco de Quevedo, crean y se recrean en un vasto laberinto sonoro al que, en lo individual, no cuestionan porque el efecto melodioso es natural en un mundo barroco, del que nuestro par de poetas son la cumbre y el ocaso, esto último en opinión de Borges.

Por lo contrario, los poetas posrománticos del siglo xix combatirán los excesos sonoros y retóricos del lenguaje y opondrán al entusiasmo desbordado la contención que les confiere el oficio. La “desconfianza” en el lenguaje los llevará a establecer una serie de reflexiones paralelas a la obra literaria; reflexiones que darán vida a una poética de índole personal, ajena a la preceptiva académica.

De esta manera, la conciencia del oficio frente a la inspiración y la animosa actitud de rigor poético habrán de ser los pilares sobre

los que se construya la poesía moderna. Los nombres más familiares son conocidos por todos: Edgar Allan Poe, Charles Baudelaire, Arthur Rimbaud, Stéphane Mallarmé, Paul Valéry, Guillaume Apollinaire, entre otros.

La transformación de la perspectiva frente al poema habrá de rendir diversos frutos. Por un lado, la idea de construcción de una poética personal dará un fuerte impulso a los movimientos de vanguardia, ávidos de libertad y renuentes a recibir consejos de una academia, según la veían, anquilosada. Pero más allá de esta euforia —que algunas veces, lejos de arraigar en el poema traduce un estado del alma—, la idea moderna de la palabra como ancla, o como principio y fin del poetizar, se mantiene viva en algunos autores de gran valor.

En este ámbito destacará la obra lírica de Dolores Castro, autora que perteneció al grupo de los Ocho Poetas Mexicanos, al lado de Alejandro Avilés, Roberto Cabral del Hoyo, Rosario Castellanos, Efrén Hernández, Honorato Ignacio Magaloni, Octavio Novaro y Javier Peñalosa.

No obstante su filiación al grupo de Medio Siglo, la poesía de Dolores Castro excede el marco de las posibles influencias del periodo y la actitud estética de su generación, para insertarse en una tradición *moderna*, dentro de los parámetros que aquí se han establecido. Sin que se pretenda empobrecer la lectura de una obra que puede suscitar diversas interpretaciones, se ha de afirmar, sin embargo, que una de sus líneas de sentido estriba en la conciencia del oficio y la reflexión sobre el lenguaje. Dicha constante habrá de moldear una poética genuina y personal que establecerá una perspectiva sensible del mundo y una propuesta estética de gran valor en la poesía mexicana del siglo xx.

Para muestra debemos observar que desde su primer poema, “El corazón transfigurado”, se advierten las referencias al verbo creador no sólo como fuerza motriz de la vida sino del acto de creación poética: “Hundido, por inasible viento de sus manos/hiriendo en las entrañas del vacío,/en el principio el verbo”. Al verbo creador,

a las palabras y al poema que las contiene se habrán de subordinar, en buena medida, el tratamiento de las formas, los temas y las emociones convertidos, merced al trabajo con el lenguaje, en “tímida palabra cotidiana”.

Asimismo, la palabra se convertirá en un muro contra el vacío, contra el tiempo, contra la soledad, pero también, aparte de ser un instrumento de lucha, la palabra será el sustento del ser y de la vida. La palabra será, además, la que otorgue sabiduría e identidad a la voz lírica dentro de la obra:

A la sombra de las palabras
que se aduermen en la lengua
oigo correr el agua
que se recoge en cada cosa
y pasa.

A la sombra de las palabras
que se aduermen en la lengua
bebo hieles colmadas
como fuentes pasajeras.

A la sombra de las palabras
crezco como la luz
que de la noche despierta.

A la sombra de las palabras
encuentro mi ascendencia.

En principio, pareciera que una poesía atenta al transcurrir del lenguaje, que explora los cauces menos floridos y las vetas más profundas de su ser no es una obra que emocione, que atraiga en una primera intención; no obstante, la conjetura es engañosa, porque detrás de la depuración verbal, del tratamiento riguroso, acecha al lector la sorpresa o la ternura, como sucede en este poema:

Es cosa dura ser.
Es doblarse, doblarse, doblarse,
y sin embargo crecer.

¡Paso al sol, a los vientos,
a la epidérmica magulladura
y a la sed!

Y quede sólo una ternura grande
como para entender.

En la reflexión sobre el lenguaje, la palabra aparece como herramienta de expresión que traduce en *sentido* el pensamiento y las emociones; de ahí también que la palabra exhiba la dualidad que le es propia: sonido y silencio. El silencio en la poesía de Dolores Castro se traduce en brevedad, en contención, en tiempo vertical que mantiene erguido al poema y al lector:

Éste es un pozo que refleja el cielo
pero es un pozo.

Caen, caen los días,
caen las noches
hasta el fondo.

Todo se vuelve fondo.

Aun el guijarro que tira la muerte
se vuelve fondo.

En conclusión, podemos decir que en la poesía de Dolores Castro ocupa un lugar especial la reflexión sobre el lenguaje, motivo que se sustenta en la meditación constante sobre el sentido de las palabras y sobre el acto de escribir como un proceso que permite descubrir y

conocer el entorno cotidiano del hombre, así como su espíritu trascendente, a través de la concreción de los instantes de vida que representan experiencias vitales.

Mediante una fina intuición, sus textos captan el ritmo secreto de lo viviente y por eso exceden las nociones abstractas de la razón filosófica en pro de las sensaciones tangibles e inmanentes de las cosas y de los seres. Esta especie de sensualismo aporta una experiencia vital donde el gozo, el dolor y la experiencia amorosa forman parte de nuestra existencia.

Las pautas de estilo en la poesía de Dolores Castro son, entre otras, la sencillez, la brevedad, la precisión y la depuración de los vocablos. Acaso la novedad de su expresión radique en el abandono de los afeites retóricos en favor de la limpieza de las frases que, dirigidas por una mirada atenta, nos sorprenden al mostrarnos el poder que subyace en la cotidianidad. Por obra de su palabra, esta cotidianidad múltiple y ciega (con sus objetos y seres enajenados) adquiere un sentido original, profundo y de carácter universal. En atención a estos atributos debemos guardar silencio aquí para dar paso a la voz de nuestra autora.

ADVERTENCIA

En la presente compilación se ha respetado el orden cronológico en que fueron publicados los diversos libros de la autora. En el caso de los poemas que aparecieron en dos obras distintas se respetó la primera fecha de edición siempre que la versión no fuese distinta. Cabe mencionar que en el cotejo de las transcripciones participaron Gustavo Peñalosa y Dolores Castro.

BENJAMÍN BARAJAS

EL CORAZÓN TRANSFIGURADO

[1949]

[ES TIEMPO DE LAS SOMBRAS]

Es tiempo de las sombras,
de las bocas que caen ávidamente
en los pájaros, ojos de los hombres;
sobre los hombres, pájaros de Dios.
Viento menudo, pasajero ciego
al rumor de los árboles, al cielo
abierto inmensamente como un ojo
de Dios, certero y duro.

Yo soy un pobre pájaro dormido
en la tierra de Dios,
bajo sus ojos he perdido las alas
y mi canto es el canto de las mutilaciones.
Habitó en una casa transitoria,
a la que el viento lleva eternamente
como al silencio mismo,
en un canto desgarrado y profundo.
He quedado tan pobre como el viento
que toma y lleva y abandona todo,
he quedado tan pobre como el eco
bajo los cuatro muros apagado.
Ha gastado la lluvia mis angulosos bordes,
mis huesos han bebido de las constelaciones
habito como musgo en las manos del tiempo
y siento mi ceniza que se desprende y cae.

Soy un pájaro roto que cayera del cielo
en un molde de barro;

soy el juego de un niño;
apenas soplo, lodo y su saliva;
soy el barro que guarda
este pájaro herido en la caída;
soy el caído pájaro que canta
en su dolor y en sus limitaciones;
soy todo lo que vuela, la ceniza,
el muro, el viento, el pájaro, el olvido.

Hundido, por inasible viento de sus manos
hiriendo en las entrañas del vacío,
en el principio el verbo.
Arranca la dolorosa flor de sus creaturas,
en el principio el verbo,
su corazón el mar, y herida
de su corazón el ciclo.

El tiempo y el espacio balando su belleza,
la música de esferas afianzada
en el dolido corazón del hombre,
que es su vida la música de un viento,
las sombras desgarradas bajo su voz alienta
que le dio la envoltura de su mortal figura,
en el principio el verbo.

El aire lame mis heridos huesos
como enorme animal enloquecido;
el cielo, espada azul sobre mis ojos;
penetra desmembrado y fugitivo.
Mis manos se hundirán en el silencio
y he de caer filtrada
en el íntimo torso de las aguas.
Porque el silencio es sembrador de espuma
sobre el haz de las cosas;

en su pausada siesta, mis oídos
florecerán hundidos,
y ya pronto,
tórtola abandonada al corazón,
dando pequeños saltos de ceniza
en su gris perecer, doblando el cuello,
ha de saltar eternamente siervo
sobre la yerba humilde.

Porque el silencio es sembrador de espuma
sobre el haz de las cosas,
hemos de fermentar en el silencio;
y ya mis ojos, desolados ciervos,
también del corazón irán huyendo
con el espacio por hermano ciego.

El tiempo niño de la voz de vuelo
tomó mi cuerpo, trompo de ceniza,
sobre sus muslos, ríos escapándose
junto a mi fe burlada.
Más allá de la duda,
quedó mi corazón en voz de queda
afianzado en el aire, sordo y mudo,
con sordera de mar que apenas grita,
con sordera
de fugaz condición perecedera,
sonidos deslenguados
que le han dado a mi cuerpo
el visionario amor y la ternura ciega
del tiempo niño del afán que rueda.

El tiempo niño de la voz de vuelo
tomó todas las flores de la sangre.

La rosa pisoteada bajo el caballo negro
alzó sus rotos pétalos
y gira con los ojos delirantes
reposada y eterna.
Las cuencas deshojadas de su voz
son pétalos girando eternamente.
Toda la eternidad es la paloma
suspendida de un hilo sin principio
y persigue su sombra
hacia el fondo, escondida
en la rota figura de los cuerpos,
toda la eternidad una paloma.

El tiempo niño de la voz de vuelo
quiso dejar su viento y detenerse,
abandonó mi mano en su carrera.
Ahora, y sin calor, a la distancia,
la manzana veloz de su latido
es una sola y desprendida flor
de una desconsolada primavera.
Un fino viento toca dulcemente
adormecida flauta de los días;
reverdecen los álamos, el viento,
y aquí mi corazón, junto con ellos.

Toda la eternidad una paloma
suspendida de un hilo sin principio,
toda la eternidad ya no le basta
al corazón para su inútil vuelo,
ya no mide los muros
si es para limitar sus esperanzas.

Una estrella que llora su soledad de espejo,
un puñado de plumas temblorosas,

así mi corazón, el viento llega
a dormir por las noches en su cuenca.
Mi corazón espejo caído de la noche
es costilla de Adán iluminada;
ha encontrado el lugar de su costado
y espiga los sentidos en raíz de tu nombre.

Toda la eternidad aposentada
y el hueco de tus venas mi aposento.

Toda la eternidad en el pequeño
ademán de tu paso;
la fruta de tu voz es mi alimento
y toda mi figura desgarrada
es rota flor, abierta primavera
que en la tierra angustiosa de tu nombre
bebe desde sus hojas una lluvia de fuego.

Toda mi eternidad aposentada
y el hueco de tus venas mi aposento.

Porque el amor es el dolor del viento,
todo un viento de llanto se me ahoga
en ardoroso grito;
porque el amor es el cantar del viento
que en un desorbitado remolino
muestra su corazón de polvo y fuego;
porque mi corazón es el sendero
herido de tu paso
que florece en el fuego de tu viento,
y mi canto tu aliento que florece
en un regocijado remolino de fuego.

En un viento de vides se deshoja
la soledad de todos los caminos
este sueño es un sueño desprendido
con raíz de humildad
y fuerza de árbol vivo,
y este sueño es la sombra que se muere
con la primera estrella matutina.

SIETE POEMAS

[1952]

I

LA EXTRAÑA HIJA

Yo me atrevo a mirarte
ahuecada en mi cuerpo
como un pájaro fijo desolado y eterno.

Te conozco de cerca.

Eres la extraña hija que alimento
que se ahonda en mi vientre
con su más sordo, lento pataleo.

[NO PROBARÁN TUS DIENTES BOCADO DE MI BOCA]

No probarán tus dientes bocado de mi boca,
dije, apreté los labios.

Algunas veces suelo estar de bruces,
olvidada de todo, en mi ventana.

Pasan mujeres, niños,
hombres de paso duro,
pajaritos cojeando.

Todo lo que se va, se va meciendo,
dije. Y cae.

Hubo lluvia con sol, cerré los ojos.
Se me llenó la boca con el jugo
hollado de mi cuerpo
por los pasos
de mujeres y niños,
hombres de paso duro,
pajaritos cojeando.

Todo lo que se va, se va meciendo,
sólo el sauce llorón está llorando.

No probarán tus dientes bocado de mi boca,
dije. Y abrí los labios.

[DESDE LA TIERRA HENDIDA COMO BOCA]

Desde la tierra hendida como boca
suave, terriblemente transitoria,
te espero.

Me arrancaré de golpe como arrancan
a la ternera hambrienta
de su pecho.

Estas estrellas, dulces como leche,
estos días de octubre
en que dan ganas de abrazar el cielo,
no me los llevo.

Este amor que yo tengo,
torpe y delgado como mis brazos,
aquí lo dejo.

[LA TIERRA ESTÁ SONANDO]

La tierra está sonando
y yo estoy desolada,
hueca por dentro, triste.

Mi juventud se tiende como el ala
rígida y negra de una golondrina.
Se me estremecen muy espesos árboles
y me duelen las aguas más tranquilas.

La tierra está sonando
llora de amor y hiere
mientras ama.
Y mata, y acaricia.

¡Quién nos encierra duro
como a la flor en su rojo silencio
de párpados ahogados
o de cerrados pétalos!

La tierra está sonando.
Aguas, espesos árboles:
¡Tierra sobre mi cuerpo!

LLAMADO DEL HIJO

I

Por una y otra vez
como el tallo doblado,
desnuda a mis oídos
tu voz se me levanta.

Todo me engaña y voy,
mi corazón hundido,
la luz de miel y cera,
mi dolor y mi sed.

II

Yo me tiré a beber
de un río bajo tierra,
tengo húmeda la boca
y ganas de llorar.

El viento me desata
una flor en el pecho,
se me pone a cantar
el hijo que no tengo.

III

Vine por él,
espero que amanezca.
Reviente el fruto, el vientre, la azucena.

Estos colores míos engañosos
como la flor para la abeja son,
para que venga.

IV

Bajo tu cuerpo, el mundo
rumoroso en la lucha.
Suena, amorosa flauta de mi sangre,
quiebra mi cuerpo, tierra,
para que pase.

Bella música el agua,
fiera contra nosotros
y amorosa en su cauce.

Te daré lo que tengo:
este poco de viento
que escapa entre mis dedos,
que es el dulce dolor de estar viviendo.

[EL MAR, LA TIERRA, EL CIELO]

El mar, la tierra, el cielo,
su voz es la pisada
sobre mi oído eterno.

Carne mía, silencio.
Estoy oyendo.
¡Dónde!
Tengo miedo.

Vuelco de luz y pozo
de los días,
árbol en el destierro.

Ven, los campos se doran,
la cosecha y el tiempo.
Todo aquí se te va,
se te está yendo.

El mar, la tierra, el cielo,
y su voz destrozando mi oído,
y mi boca en silencio.